JARDÍN DE EPICURO



KARINA GARCÍA ALBADÍZ

JARDÍN DE EPICURO

Poesía

Karina García Albadíz

CENTRO DE INVESTIGACIONES POÉTICAS GRUPO CASA AZUL



Agosto 2015 Valparaíso

Portada: "El Árbol" Carboncillo y pastel seco sobre cartulica craft. 110x80 cms. Año 2015. De Patricio Brunal

Contraportada: "Entropía de las máscaras". Carboncillo y pastel seco sobre cartulina Kraft. 110x80 cms. Año 2015. De Patricio Bruna.

Nota de Autor

El *Jardín de Epicuro* tiene una clave filosófica porque se hace cargo de la provocación que realizó este filósofo a la corriente oficial desviándose del Liceo y de la Academia para abrir su jardín a la reflexión filosófica de mujeres, ancianos, esclavos y niños. Este acto revolucionario nos parece altamente provocativo con el sistema imperante y un gesto para que todos aquellos, que buscan fisurar el sistema logren encontrar un sustento en la experiencia intelectual de Epicuro a su "disidencia hormonal".

Empieza el jardín con el Nivel 1: *Tótem de las moscas* que remite a la novela *El Señor de las Moscas* de William Golding que nos recuerda como nos marca la infancia y la adolescencia y, sobre todo, como nos marca leer en ese tiempo. Leer a tiempo, vivir a tiempo, reflexionar sobre la infancia a través de la lectura de un libro que trata sobre ella, pero que la aborda no de manera almibaraba sino en cómo un momento terrible nos puede poner en jaque sobre la construcción de un sujeto siempre alerta que no creerá los cuentos de niños tan fácilmente porque quiere entender la complejidad de la existencia donde los niños son crueles, competitivos y van detrás de un tótem sagrado para muchos, pero finalmente ese tótem termina siendo de las moscas, creando una imagen grotesca que nos golpeará toda la vida. Este libro me hizo preguntarme ¿es necesaria la existencia de jefes? ¿las personas son salvajes por naturaleza? ¿es necesario que existan normas y reglas? ¿se está perdiendo la inocencia de los niños?

Luego nos encontramos el Nivel 2: *Peces del Fango* que transfigura la muerte de una persona cercana que falleció chupada por el fango de un lago. Esta historia mínima se extiende a la tragedia producida por el azar, a la inutilidad de la vida, a lo ridículo que se vuelve resistir al modelo neoliberal, pero por lo mismo urgentemente necesario cuando todo un país fue fagocitado, chupado por la ideología del consumo. La voz poética articula pasiones vehementes donde la teoría literaria otorga herramientas, al igual que el arte, y posibilita un espacio para el desacuerdo porque es esa disidencia hormonal lo único que asegura el proceso emancipatorio. Desde ahí combate la abdicación de los intelectuales y prefigura las identidades del intelectual barrial latinoamericano. Este texto manchado, borroso, es una perla irregular por lo invisible y juega en los bordes

del desborde. Pretende ser un nuevo relato de las pérdidas donde un yo social se da el gusto de demostrar todas sus lecturas sin culpas, probando que el arte es un mecanismo, que nunca logrará reflejar la realidad y menos la muerte. Acá la sangre nunca escapa porque la teoría tiene la potencialidad del arte. Estos peces abisales, monstruos desaparecidos, habitan la ciudad, que tiene como imposición la cara española-europea de la cuadrícula y es ese orden el que quiere desarmar desde un país descentrado, puerto sin fundar, y un cuerpo discontinuo. Peces del fango vive en su potencial y en su continuo entregarse. Por eso presento dos párrafos abajo de la página, simulando el signo pisciano en el fondo marino que contempla a manera de incrustación los peces de un resumidero de metal en el centro de los párrafos.

Y Nivel 3: *No vivimos del paisaje* surge de una cita inencontrada de *La Máquina y el tiempo* de Aldous Huxley Me gustó mucho porque hace resistencia a ese puerto que ha sido valorado excesivamente por el paisaje y que provoca ese gesto retardatario que sus artistas sean exigidos a pintar el paisaje como en el siglo XIX o que los poetas tengan que narrar su mercado, su bohemia porteña, sus catástrofes en un ritual tan aburrido porque por un lado, ya otros lo han hecho y bien y por otro, en nada puede aportar a la poética contar una historia sino revoluciona su forma de contarla en una cadena larga de dudas, innovaciones y variaciones contemporáneas. Qué mejor que remitirme a la cita donde anida la poética en sentido amplio que propugnamos, citas que nos hacen tomar conciencia que el paisaje es un discurso que emulsionará de manera indirecta en nuestro corpus estético, como huella de una huella, pero nunca como un reflejo o tema porque el costo sería sacrificar los valores estéticos de nuestros textos. Lo trágico no es el tema, lo trágico es que el material con el que trabajamos no puede contar la realidad y cuando pretende hacerlo a la pata de la letra lo único que hace es traicionar lo fascinante del arte que es su incontrolable creatividad.

Por otro lado, siendo honesta con mi trabajo escritural agregué el Nivel 4: *Luche* que contempla la edición de parte de mis textos que hizo el poeta Claudio Faúndez, buscando como él señala: el poema dentro del poema. Me pareció que esta edición se transforma en una variación que toma vida propia, ya que saca la capacidad lírica de mis textos tan presente en nuestra tradición poética y que también juega con los blancos, diagramando para que el poema conmueva más y mejor. Acepto esta variación como una otra que soy y la consigno para rescatar el papel del editor en la construcción de un libro que siempre estará inacabado y nunca será final. La dejo como homenaje al poeta natural que no

soy porque hace tiempo decidí construir una poética más salvaje y menos lírica, una poética que no quede bien ni con los bares ni con el salón ni menos con la Universidad. Una poética para la cual no exista una comisión evaluadora en un consejo de cultura.

En este jardín no podía faltar el arte espectral de Patricio Bruna, que se concreta en varias imágenes de su última serie "Por todos los costados", serie gráfica donde se utiliza el carboncillo, la acuarela, pastel seco y el extracto de nogal sobre cartulina kraft. Esta serie, nos señala Bruna, da cuenta del uso de la idea de un paspartú falso, pues aquí se deconstruye el concepto de paspartú como agente de protección y de separación del papel sobre el cual está hecha la obra del vidrio para evitar que se traspase la humedad y cambios de temperatura a la obra, pudiendo deteriorarla. Acá el paspartú se ocupa como realce estético de lo que enmarca para introducirnos en el concepto del cuadro dentro del cuadro, pues interviene en una segunda instancia, más lúdica y decorativa, expresando la composición central de un marcado acento expresionista más duro. Dicen que el paspartú da aire a la obra, pero acá es una prolongación de ella, prescindiendo del encuadre lo que nos hace reflexionar sobre los mecanismos de circulación y exposición de la obra. La única obra que está fuera de esta serie es "Peces del Fango" que es una nogalía, es decir, un nogal sobre papel, construida a propósito de mi texto poético.

Esta es la apuesta del *Jardín de Epicuro*. Un trabajo de edición de Patricio Bruna que da cuenta de una esmerada labor que no produce estridencias, más bien se disimula, parece una caja vieja, pero todo eso es engañoso, porque con esos ropajes disfraza su total pertenencia al presente. Este libro es una carta-bomba, un objeto poético que hiere o mata al ávido lector cuando lo abre, asordinando el carácter negro de la impresión. Al utilizar el color del papel kraft comparativamente más tosco que cualquier otro al uso de impresión para estos casos y particularmente notorio por su resistencia por ser principalmente usado como envoltorio, enresmado o empaquetado, este libro es la contemporaneidad travestida bajo los ropajes del pasado.

Karina García Albadiz
Grupo Casa Azul

JARDÍN DE EPICURO

TOTEM DE LAS MOSCAS

TOTEM DE LAS MOSCAS

No hay un reino perdido, hay un horror que uno idealiza y que llamamos infancia, donde nunca uno sufrió tanto como en esa etapa, pero que algunos idealizan. En ninguna época de la vida, uno está tan desvalido; en ninguna época uno es tan incomprendido que cuando se es chico. Nadie te entiende. O te subestiman.

Alejandro Madrazo



"Ser o no ser". Carboncillo y creta sobre cartulina Kraft,. 110x80 cms. Año 2015.
De Patricio Bruna.

LOS FRAGMENTOS SE IMANTARON, aunque, es cierto, si otro hubiera leído no me reconocería: lo mudo, lo sonoro y lo mudo de nuevo serían un pretexto o prejuicio: grandeza lírica, pequeñez realista anticipada en los colegios. "Recita tan bonito, recite a los de siempre". Después a echarle tierra a los pétalos de la clase social con palas de religión, matrimonio, desfiles, hijos, profesiones.
Todo eso formó la radical libertad del opresor y la obsesión
por las fundaciones, alimentó la frialdad de la insistente
doble perfección de nuestros padres, profesores o gobiernos.
A dos voces. Una de ella a todas luces superior.
Mientras tanto, en el barrio de la infancia
—donde nada falta y nada sobra— los fragmentos se imantaron
sin el complejo de pobre, sin trabajo infantil,
lejos de las intertextualidades peligrosas y prestigiosas
hasta que tomó altura la odiosidad
por la ninguneada precariedad cultural.

EL TÓTEM DE LAS MOSCAS, no estábamos para duelos culturales.
La secretaria desaparecida con su peinado ochentero
estaba en la cuneta. Había que tomarla. Nunca llegó nuestro momento.
Terminó una marcha y empezó otra. A algunos les tocaría congregarse bajo
matrimonios cristianos a nivel mundial. Yo no lo veía, pero los católicos y luego
los evangélicos definirían nuestra vida personal.
Leíamos en ese tiempo… El Señor o el Tótem de las Moscas. Se nos
presentaba otro dios o el mismo ante una miríada de rémoras risibles.
Simultáneamente (como es la vida) perdíamos la inocencia
o la re-teníamos gustosos en los gestos simples.
Sufrí como ahora cuando escribo y así la literatura
—que para otros era terapia— nos dejaba mal,
oscuritos como mi abuelo, listos para una sesión terapéutica.
Lo sé, permitimos que la perversidad de un libro nos acompañara
desde un velador (no a la novela rosa o al cancionero).
Aunque íbamos tarde al colegio, corríamos, nos devolvíamos.
Aunque la micro se nos fuera y la hermana partiera sola
y la mamá se indignara otra vez.
Pero alcanzábamos a tomar a la pasada los libros
—como quien toma un verdadero objeto poético.
Un amuleto.
Cargábamos con culpa y a escondidas
esperábamos el recreo. Ya no queremos
salir a jugar, solo queremos: leer de forma clandestina bajo el banco.
Pasaba la monja por el pasillo justo cuando la sala nos dejaba
en una isla fuera de su alcance o quizás
estábamos más cerca del peligro que nunca antes.
Vivimos, la cultura y la naturaleza se nos abrían. No entendimos,
no quisimos entender una buena historia
y las selecciones del Reader's Digest (se las dejaríamos a nuestros padres).
Nos molestaban las preguntas ¿de qué se trata lo que lees?
O peor ¿por qué lees?
Demoraba la respuesta; *una emoción posible: la curiosidad.*
Lo mismo que el luche, puros rectángulos con sus mediadores:
de agua, isla, números, espiral y mucha niebla.
"Salta atrás y adelante. Y en el medio abre las piernas.
Rapidez. Concentración. Más abajo, más abajo,

en caída libre a fracturar la superficie".
Ay, *Soy como era*, ya me gustaban los sintagmas nominales,
eso era lo mío y no lo podía perder. Estábamos condenados
a esa rara felicidad o infelicidad que es la adolescencia.
Leíamos para estar lejos, pero sobre todo para estar cerca.

LEGIÓN EXTRANJERA, la aspiración fue casarse bien
pololear con suboficiales, ser mujeres mantenidas viviendo en Apoquindo,
donde todo lo que pasara tuviera un sentido… *gracias a dios.* Lástima que no lo intentaran, quizás les hubiera aportado
andar con un chico del peor liceo público de hombres —la "Legión extranjera"—, de pésimas calificaciones en matemáticas
y enamorado de la historia.
Si hubieran visto que el noviazgo ofrecía
solo una foto de suboficial y liceana iluminada. Inocua charla.
Llenos de protocolo. Eran herederos. Querían asegurarlo todo.
Eran hijos de dios, su patrimonio bendecido
las futuras precariedades en todas las áreas de los pobres justificadas.
Rápidamente, supe que no teníamos a la providencia de nuestro lado.
Mis compañeras de colegio en su universo programático,
no consideraban una buena conversación. Sin embargo, los vientos,
los vientos huracanados hacen de este espacio el confín del mundo
y la máxima complicación ES un factor contribuyente.

LA NUBLADITA, color amarillo maravilla.
Sol de invierno. Luz de invierno. Este texto va a llevar tiempo.
Disfruto del mediodía, pero tiendo hacia la noche.
Necesito tener muchas horas por delante o creer que las tengo.
Y un escuperrelatos.
Cae el fresco de la tarde ya y el largo día nublado juega.
La alegría llega porque los turistas se quedan
sin su Sol de fin de semana largo.
Esta bahía irregular es una casa pensada o edificio inteligente.
Una gran caleta de changos.
La nubosidad parece calmar la primavera odiosa
para los potenciales suicidas.
Solidarizo con ellos, solidarizo contigo, Gonzalo Durán.
Aparto las hebras doradas de una primavera distinta.

ADOLORIDOS, cuando llueve los hijos de zapateros se cuelgan los zapatos al hombro. Suben un kilómetro del cerro La Cruz
—el más parado del puerto.
Después las muelas y los huesos duelen.
En un viaje como este uno intenta atrapar lo sólido de ese dolor.
Peces del fango. Los hijos de los verduleros también suben,
miran para atrás y sonríen.
De zapateros y de verduleros riendo, venimos.
Otros, más afortunados, tomábamos la micro P verde para ir y volver
de la escuela (la micro también se llovía). Y el frondoso púrpura de las
buganvilias se abría paso a través de las ventanas con vaho de invierno.
Sencilla flor de un poeta, rindiendo homenaje a los múltiples esfuerzos.

JUEGO DE LAS PIEDRAS, ese invierno llovió un mes.
Los dedos abiertos, delgados y deformes por el tiempo
recuperaban las piedras aplanadas de la payaya
encontradas en la playa solitaria.
Esos huesudos dedos largos y rápidos (de pianista) se movían:
De una, de dos, de tres, de cuatro y de cinco,
el juego contra todas las humillaciones.
Rápido, barríamos con la mano la baldosa del patio del colegio,
mientras la turbulenta saltarina
suspendía el juicio… y nos daba apenas tiempo de recoger.

FRÁGILES ASIDEROS, la débil hora en el teléfono,
el grito de la basura,
los horarios de los trenes que salen de la ciudad
las sirenas de los barcos que atracan lentamente
las historias repetidas de mi padre en la sobremesa.
A veces no hay esperanza, solo frágiles asideros.
Inútiles, los mejores episodios e intenciones
la música popular en las casas de los vecinos,
solo cierta música en un castellano de triste significancia.
Me recuesto, ando buscando una vida. Escribo.
En todo lo demás sufro de un lenguaje directo.

POP SODA, no lo vi.
Nunca pensé que el ochenta sería el pasado popular de mi país,
Suena la tetera. 1986. Recuerdo el pop soda de mora con un gesto
indagador, reconcentrado en esa bolita efervescente.
Miro el patio del colegio como si mirara un campo de batalla.
O el Mal País de un libro de ciencia ficción.
Pasa el titular como pancarta: *Atentado al presidente*.
(Copresente el atentado celeste de Huidobro).
Pensé en ese orden: esto traerá problemas.
Cómo pudieron fallar.

PECES DEL FANGO

PECES DEL FANGO



"Peces del fango"
Nogal sobre papel, 70x50 cms. Año 2013.
De Patricio Bruna

La idea incandescente ronda la cuadrícula de la acera, en un espacio blanco y negro como juego de dama o ajedrez. Cerca de un video de Queen o de un preñado triángulo de tempestad vital que destruye a Hamlet (con locura). No siento que el dilema esté en el protagonista que penetra la nubladita noche con luna amarilla cólera sin descanso de manzanas. Sin juguetes míos y arriba de un carrusel, piso una cama japonesa, busco el toconoma referente pintura umbral de Emar; un fugar incesante permite que me venga ante Tlaloc. Toc, toc, toc, prefiero no tocar madera, el ruido de la superstición ríe cual lugar común.



Desigual y vacía arrecio tu voz, me monto sobre tus conversaciones —dices que no me quisieron lo suficiente—, la tropelía púrpura del elogio de los triángulos o las frutas, las araucarias de diez años añorando cien, todas en hileras a la altura de la foto que pudo ser. De pronto, quiero ofrecer choclos calientes en el intermedio de una obra de teatro al estilo Popol Vuh para no contar los granos de trigo en la medianoche de un gris porteño. Esta calleja me hierve la cabellera, dejando como esponjita los meandros de mi cerebro; penetra el sueño y se expande como vegetal ante la negritud que sale a caminar de noche: emocionados ojos con lágrimas de placer. Tengo el cuerpo lento por tanto pololo del bostezo mientras el *cuadrado de la jugada inútil* tiembla en mis piernas transidas que suben un solitario cerro jardín en medio de la ciudad.

El guionista prevé el término de su relación amorosa: una película, la primera parte vive con esa mujer unos cinco años y la segunda, ve como comparten el espacio ya sin convivencias y con la manida gestión cultural. Reciben, duplican y se saludan con un beso en la cara (a lo profesional). Peces del fango. Ese beso incompleto es una idea incandescente que se para en el quicio de la puerta y les permite entrar en la parte más oscura de la noche: en la nochetud o en la nochidad. Nuevamente la cuadrícula desafía a la tembladera y somos todos más inteligentes que monos o ballenas o elefantes que en manos de los reyes mueren de un solo balazo aunque con sus orejas sutiles puedan predecir los temblores. Y la espiral en el terciopelo azul recibe la lágrima, cae rodeando mientras transformados en detectives subimos como quien escala un estante buscando en un álbum de fotos una historia de amor de los grandes: poética de la niñez o de la infancia hasta juntarse y crecer. Hombre y mujer, coordenadas de la historia. Todo en un estante lleno de polvo, —especialidad de los alérgicos— lezamaniano; el gran masturbador o *el coordinador del fracaso total del mundo* diseminado.



En una calleja llena de restoranes temáticos (como moteles) se exhibe el guerrero del origen de los tiempos, el viking finisecular, holograma de la guerra de Tolkien, dentro de un cuento de hadas; el bien y el mal, —equivalencias, correspondencias, cantidades hechizadas que no hacen otra cosa que reforzar lo que siempre se hizo así y no se hará de otra manera. Los malditos orígenes por los que se mató a miles sin miramientos, sin compasión. La historia nos juzgará o absolverá, total la poética iría adelante uniendo, decía el maldito poeta. Pelo y colores, al hueso, nos recuerdan que se extraña más a la niña que a la madre, que uno es muy poco para sacar adelante a otro y en el verbo de las personas: el yo llama al tú, mientras él es fruto pasmado de la exterioridad. Aprendizaje de Fronesis y Foción, jalonando a Cemí bajo el tragaluz por donde escapa irremediablemente el calor de invierno. Ya sé que se condena a la poesía a que nos salve, menos mal que el principio del placer o la homosexualidad y antes la androginia (del "no te salves") siguen reverberando.

La voz multiplicada desde el promontorio; la foto del 51 donde están tres seres antiguos que formaron la familia y llaman la nueva subida; el chocolate para untarlo en el cuerpo que permita a la piel miel desparramarse por el plano inclinado. La culpa no falla camino a la Blondie, los sentidos se imponen y brindan con una cerveza artesanal del puerto. Los barrios antiguos de la capital huelen mal, pero son fotografiados, gastados por miles de turistas. Fotos lanzadas a la pileta helicoidal de adoquines. Vuelve la cama japonesa, pero esta vez me paro en sus alas y espero los besos, las embestidas, las canciones nocturnas de *Audioslave* o *Euphoria morning*. Quiero creer que los babasónicos harán llover sobre la ciudad y que todavía duele caminar de noche por encima de los relámpagos. Y que el aire como pan para los que no tienen dientes nos elevará sin necesidad.



Culturas sumergidas o evaporadas, vivir al tono del ensueño que he tenido anoche, justo antes del temblor, donde la ciudad era un tubérculo traído a la superficie por miles de excavadores que trabajaban a lo Metrópolis de Lang o The Wall. Habrá que reconstituir el paisaje de toda la especie y reducir hasta que el amor sea un grado de atención superior y no nos burlemos del candor del apasionado. Nos hará ilusión, los puntos cardinales serán cinco, donde el quinto será el centro: un núcleo complejo donde la cola de la lagartija será una gran broma y la ley de la adaptación darwiniana solo una función secundaria, nunca vital.

Sacrilegia, sacrilegia, el té de crisantemos en el aguado dolor de las flores y la escritura reglera arde con la sangre de la mensualidad, escurriendo por los miradores salpicados de cardenales y buganvilias. Compiten sangre y flores mientras dices —todo acá tiene seis años (el dato, el coleccionista en pleno corazón delator de la clase alta). No habrá regalo porque traerá mala suerte. Pero, empecinadamente, en el papel de algodón cierra los ojos mi cuerpo, veo Atlántidas como esfinges que interrogan la razón mordida de la historia. A veces llega el horror, siguen los pasos bienhechores del gitano árabe que me secuestran; son almas que me elevan desde fuera. La helada de la mañana campesina se cuela por el tragaluz. Los monocultivos pandémicos, extendidos e intensivos. El colapso de colmena nos hace llorar.



De telón de fondo: las noticias. Más atrás la tristeza de mi hermano por la ausencia de una madre: la mía. Mi padre fue mi madre y el Turco fue mi padre, y mi sobrino fue mi hermano, y mi hermano no fue nada hasta hace unos días que conversé con él. Lo he visto tres veces en 30 años. Se fue a Isla Brasil cuando yo tenía nueve. También mi papá se fue en ese tiempo, pero a Norteamérica; quizás eso sea realmente una familia disfuncional.

Yuri, Yuri, Lotman, persigue el libro que empiezo y nunca termino. Átame en pasos lectores fragmentarios, tan queridos, cortos, acotados a unos minutos del sillón naranja. Juega a la Metrópolis, anda juega y piérdete como aquel ciudadano de provincia que nunca fuiste. Duplica *la hermosa* del afrancesado en una calle populosa o el faro en la neblina buscando a alguien a quien salvar. Sálvate solo. Melancólicas calles. Mitológicas neblinas. Puntángeles sirenea el mar a esta hora a los pies del cementerio de los pobres. El tres, mi tres juega a la lucha libre. Tú sabes que la lucha no es libre; te concedo que somos un pelotón, pero yo no voy corriendo en la selva, tampoco rengueo y seguramente soy la que carga a los inválidos. Vuélvete y ve al país: una sociedad sin Arte. Hicimos lo que quisimos. No hay ciudadanos y menos mal.



Un río confundido exhala una hipofísica: la imagen del Urubamba serpentea mi sur. De subida, un día y medio del incario, atraviesa ese orgasmo único de párpados, mientras el veneno del alacrán azul recorre 37 casas donde habitó el retornado político paradigmático. El grabado caracolea y cuestiona: huella digital del espiral con base vaginal en cinco vectores trigonométricos… *surco más prolífico y armonioso que el vientre de la sombra. Cosmograma.* Bloom, Bloom, Bloom. Majadero y reiterativo ante las angustias.

El nudo pescador (dos nudos que por si solo no resisten, pero juntos…) Sensoría las huellas indestructibles del norafricano. Vivimos protegiendo los sistemas con un Norton 360. Y hablando de datos; que poco resistente suena: "15 mil niños abusados en Chile y otro golpe de estado en el territorio del Paraguay". ¿El paradigma cartesiano bambolea o está más recio que nunca? Los llamados a callar pasan la cuenta, no creímos a nuestros hijos y los dejamos en soledad porque era incuestionable. Teníamos que trabajar, comer, amar, escapar de esta ciudad y la nostalgia de su pasado esplendor.



Éramos antiboom, no teníamos antepasados ilustres como la mayoría de los escritores del boom, nuestro origen era proletario: amasijo de múltiples esfuerzos. No hubo esplendor en la sangre, pero sí en la ciudad y en un buen país de finales de los 60. No tenemos sagas que contar, ni patriarcas, ni muebles chinos ancestrales (como la cama rojiana de 300 años). *Un millonario japonés decidió enterrar, junto con él, un cuadro de un gran maestro. Ese cuadro tendría que haber sido internacionalizado.* Travestidos estamos acá sarduyanamente, durmiendo en el suelo. De pescadores, de changos que lo único que coleccionaban era un día más de sobrevivencia en la costa. Cuevas, las playas de piedras. El niño en la piedra, en las pozas duplicadas por los conventos privilegiados de México.

Infiernillo con ese Horcón y acarreo ante el viento. El sol del punto en el aire: sutil y obsecuente fijeza para mover todo lo demás. Te extraño en este calor que me recuerda a Comala, todito infierno, pero de cemento arrancado por unas garras que caracolean por la cuadrícula capital. Prefiero calorcito de lumbre, tu cuerpo en la noche, sensación y prolepsis que configura una erótica de la interioridad; el cambucho del caracol por el cual zumba que te zumba. Mareados. Me deslizo, entro y salgo por el otro lado, sobre las sábanas de un jardín perdido en la mitad del cerro; jardín de un gigante abierto a los niños que crecen sobre bicicletas con mujeres-copos de nieve en un verano inverosímil. Lumbre, alumbre de piedra puesto al carbón vivo. Morena altiva y ternura adherida al viento de la arboleda.



Contrahechura de nuestras manos a las que les faltaban líneas de sufrimiento, dolía el casco porque la serpiente se enroscó hasta consumir todo. El fantasma dentro de la prótesis recorrió los plexos y quiso apropiarse del lenguaje de lo obvio, pero la dialéctica —entre lo que se ve y lo que no se ve— forma un ángulo obtuso: *el vórtice del vértice al oler la figura*. Se cierra y entreabre lo figurativo contrahecho en medio de grandes silencios.

En la soledad de los números nos ocultamos ante el primo gemelo mientras lo que botamos nos busca cual trauma en la nubladita. Debajo de la mesa o metidos en la closet con un tatuaje o escrito en el cuerpo nos agazapamos para vigilar el banco del parque que nos vio claudicar cuando niños y ya de adultos nos volvemos famélicos sobre los apuntes que han quedado de ese mismo cuerpo. Los que estudiamos nos ocultamos de ese trauma. Ponemos violetas coronando la cicatriz de la soledad hasta que duele el rengueo en la selva. Y todo se transforma en una columna de crítica literaria.



A veces me encuentro abriendo las ventanas esperando el avisador del fuego, como si esperara a un conocido, pero entra y sale Ámbar, en su universo fantasmagórico, al que no me queda otra cosa que rendirme. Viene de tanta democracia atenuada por la incompetencia, que la suelta y deja subir haciendo escombros todo lo existente. Tiene detrás el sueño de la dictadura, una completa sensación de extranjería —donde todo es camino y el ser humano hace el papel de condenado; sabe que uno arrastra dignamente sus dolencias, pero no se cura de nada. Tiembla ante el huracán del progreso y se indigna ante esta tendencia antirreflexiva, pero "los límites del lenguaje son los límites del mundo". Con el *Torotumbo* no se come y nunca se comió.

NO VIVIMOS DEL PAISAJE

NO VIVIMOS DEL PAISAJE



"No vivimos del paisaje"
Carboncilo y creta sobre cartulina Kraft. 110x80 cms. Año 2015
De Patricio Bruna P.

Cita 1:

Esa superioridad de un árbol pintado sobre un árbol real se resumiría en que no tendría debajo de él sus propias hojas, ni orugas, ni insectos. Así, los habitantes de las aldeas del norte de Holanda, por razones de limpieza, no plantan árboles de verdad en los patios que rodean sus casas y se contentan con pintar en los muros árboles, setos, tramos de césped que (por añadidura) se conservan verdes durante el invierno. La pintura del paisaje serviría, pues, simplemente para tener en nuestro cuarto, en torno de nosotros, una especie de naturaleza en miniatura, donde nos complacería contemplar las montañas, sin exponernos a su temperatura inclemente y sin necesidad de terriblemente escalarlas.

Cita 2:

La "montaña" no es solo exuberancia. Es (sustancialmente), muchas otras cosas que no están en la poesía. Ante su espectáculo, ante sus paisajes, la actitud del poeta es la de un espectador elocuente. Nada más. Todas sus imágenes son las de una fantasía exterior y extranjera. No se oye la voz de un hombre de la floresta. Se oye, a lo más, la voz de un forastero imaginativo y ardoroso que cree poseerla y expresarla. Y esto es muy natural. La "montaña", no existe casi sino como naturaleza, como paisaje, como escenario. No ha producido todavía una estirpe, un pueblo, una civilización.

Cita 3:

En cuanto a la brutal distinción entre el contenido y la forma, los materiales del historiador no están ante él a la manera de un paisaje o espectáculo que pudiera describir de la forma en que tampoco lo haría un pintor. El pasado está tanto presente como ausente: presente en cuanto restos y prácticas heredadas, ausente en cuanto existencia humana anterior indicada por los mismos restos de los restos.

Cita 4:

La crecida no solo eligió y descentró algunos objetos, sino que trastornó la cenestesia misma del paisaje, la organización ancestral de los horizontes: las líneas habituales del catastro, las cortinas de árboles, las hileras de casas, las rutas, el propio lecho del río. Esa estabilidad fundamental tan bien preparada por las formas de la propiedad. Todo fue borrado, lo rugoso fue convertido en suave planicie: no más vías, ni orillas, ni direcciones; una sustancia plana que no va a ninguna parte y que suspende el devenir del hombre, lo aparta de una razón, de un uso provechoso de los lugares.

Cita 5:

Pareciera que ese libro hubiera sido hecho con escombros, de lenguaje, de libros, con restos. Ahí esas casas aluden también a nuestro paisaje, a nuestra catástrofe permanente chilena. Aunque es la situación de la literatura contemporánea también: esa catástrofe del lenguaje, la desconfianza en los lenguajes, incluso. Los soportes se perdieron, lo que era la imagen del mundo es muy poco sólido actualmente, es precario. La casa, el derrumbe de la casa como espacio sagrado, podría venir a representar un símbolo. Vivimos el final de una época. En este sentido uno está haciendo una literatura apocalíptica, está dando cuenta de una crisis final, pero no como un pastor evangélico. Está renovando el lenguaje, hablando de los caminos del libertino en la circulación de la obra.

LUCHE

LUCHE

Vivimos, la cultura y la naturaleza se nos abrían. No entendimos,
no quisimos entender una buena historia
y las selecciones del Readers Digest (se las dejaríamos a nuestros padres).
Nos molestaban las preguntas ¿de qué se trata lo que lees?
O peor ¿por qué lees?
Lo mismo que el luche, puros rectángulos con sus mediadores:
de agua, isla, números, espiral y mucha niebla.

Salta atrás y adelante. Y en el medio abre las piernas.



"El Luche". Carboncillo y pastel seco sobre cartulina kraft, 110x 80 cms. Año 2015.
De Patricio Bruna.

EL TÓTEM

La secretaria desaparecida con su peinado ochentero
estaba en la cuneta. Había que tomarla. Nunca llegó nuestro momento.
Terminó una marcha y empezó otra. A algunos les tocaría congregarse bajo
matrimonios cristianos a nivel mundial. Yo no lo veía, pero los católicos y
luego los evangélicos definirían nuestra vida personal.
Leíamos en ese tiempo… El Señor o el Tótem de las Moscas. Se nos
presentaba otro dios o el mismo ante una miríada de rémoras risibles.
Simultáneamente (como es la vida) perdíamos la inocencia
o la re-teníamos gustosos en los gestos simples.

Sufrí como ahora cuando escribo y así la literatura
—que para otros era terapia— nos dejaba mal,
oscuritos como mi abuelo, listos para una sesión terapéutica.

Lo sé, permitimos que la perversidad de un libro nos acompañara
desde un velador (no a la novela rosa o al cancionero).

Aunque íbamos tarde al colegio, corríamos, nos devolvíamos.
Aunque la micro se nos fuera y la hermana partiera sola
y la mamá se indignara otra vez.

Pero alcanzábamos a tomar a la pasada los libros
—como quien toma un verdadero objeto poético.
Un amuleto.

Cargábamos con culpa y a escondidas
esperábamos el recreo. Ya no queremos
salir a jugar, solo queremos: leer de forma clandestina bajo el banco.

Pasaba la monja por el pasillo justo cuando la sala nos dejaba
en una isla fuera de su alcance o quizás
estábamos más cerca del peligro que antes.

SI HUBIERAN VISTO

Si hubieran visto que el noviazgo ofrecía
solo una foto de suboficial y liceana iluminada
Hijos de dios, su patrimonio bendecido
las futuras precariedades en todas las áreas de los pobres.
Rápidamente, supe que no teníamos a la providencia de nuestro lado.
Mis compañeras de colegio en su universo programático,
no consideraban una buena conversación. Sin embargo, los vientos,
los vientos huracanados hacen de este espacio el confín del mundo

LA NUBLADITA

Sol de invierno. Luz de invierno. Este texto va a llevar tiempo.
Disfruto del mediodía, pero tiendo hacia la noche.
Necesito tener muchas horas por delante o creer que las tengo.
Cae el fresco de la tarde ya y el largo día nublado juega.

La alegría llega porque los turistas se quedan
sin su Sol de fin de semana largo.

Esta bahía irregular es una casa pensada o edificio inteligente.
Una gran caleta de changos.

La nubosidad parece calmar la primavera odiosa
para los potenciales suicidas.

Solidarizo con ellos, solidarizo contigo, Gonzalo Durán.

Aparto las hebras doradas de una primavera.

ADOLORIDOS

Cuando llueve los hijos de zapateros se cuelgan los zapatos
al hombro. Suben un kilómetro del cerro La Cruz
—el más parado del puerto.

Después las muelas y los huesos
duelen.

Los hijos de los verduleros también suben,
miran para atrás y sonríen.

De zapateros y de verduleros riendo, venimos.

Otros, más afortunados, tomábamos la micro P verde para ir y volver
de la escuela (la micro también se llovía). Y el frondoso púrpura de las
buganvilias se abría paso a través de las ventanas con vaho de invierno.

JUEGO

Ese invierno llovió un mes.

Los dedos abiertos, delgados y deformes por el tiempo
recuperaban las piedras aplanadas de la payaya
encontradas en la playa solitaria.

Esos huesudos dedos largos y rápidos (de pianista) se movían:
De una, de dos, de tres, de cuatro y de cinco,
el juego contra todas las humillaciones.

Rápido, barríamos con la mano la baldosa del patio del colegio,
mientras la turbulenta saltarina

suspendía el juicio

nos daba apenas tiempo de recoger.

FRÁGILES ASIDEROS

La hora en el teléfono,
el grito de la basura,
los horarios de los trenes que salen de la ciudad
las sirenas de los barcos que atracan lentamente
las historias repetidas de mi padre en la sobremesa.

A veces no hay esperanza, solo frágiles asideros.

Inútiles, los mejores episodios e intenciones
la música popular en las casas de los vecinos,
solo cierta música en un castellano de triste significancia.

Me recuesto, ando buscando una vida.
Escribo.

POP SODA, no lo vi.

Nunca pensé que el ochenta sería el pasado popular de mi país,
Suena la tetera. 1986. Recuerdo el pop soda de mora con un gesto
indagador, reconcentrado en esa bolita efervescente.

Miro el patio del colegio como si mirara un campo de batalla.

Pasa el titular como pancarta: *Atentado al presidente*.
(Copresente el atentado celeste de Huidobro).

Pensé en ese orden:

esto traerá problemas.
Cómo pudieron fallar.

LA ÚLTIMA LLUVIA

En la última lluvia el ruido de la urbanidad
traduce el uso de la forma, de flores y plantas

mariposas o arañas

Las mujeres
se pintan altas y delgadas con el pelo en movimiento

"como simulando la acción del viento".

Se usan de preferencia contraste entre el negro y los tonos pastel.

Se utiliza el amarillo o el azul para aguantar con el cuerpo
lo que estoy diciendo con la voz

Ojo de buey

La Blancanieves electrifica el ambiente
en un juego solemne donde ni un solo texto se sabe de memoria, lo cierto

es que el pensamiento no viene enquistado en burbujas
y la golondrina

al planear entra por la ventana, removiendo en el verano
el insostenible invierno.

Creamos por última vez.

Vivimos del monte olvido:
un ojo de buey

por donde se asoma un nervioso lenguaje

Exilio

Esas dos señoras
con las que he hablado últimamente son mitad chilena y mitad argentina
a una le conté la tragedia   a la otra no.
El conserje barre las hojas y trae la estufa
pero este entumecimiento es un calamar travieso que decora los malos cuadros.
Si solo hubiera jugado mal. (Me robaron el partido)
Si lo hubiera perdido
pero semeja
a trampa

y a nadie parece importarle

Playa

esa libertad de andar solos contemplando el paisaje.

Por mientras tomaba un café en un local de comida al paso
mientras una niña a lo lejos se arrojaba una y otra vez en la furiosa ola.
Ese era otro mundo. Parecía que de pronto los paseantes
saldrían a escena vestidos de blanco confundiéndose con lo bochornoso
del clima mediterráneo costero,
fabulaba con una terapia alternativa
como el taichí practicado en la arena.

Sábado

Los sábados veníamos
a Las Salinas, era una playa top para nosotros hijos del cerro arriba

para llegar eran dos micros, lo seguro era que no veríamos
a nadie de la población y sin embargo   era tan familiar.

Un paisaje literario.

Último Paseo

Comenzó a escribir un poema con un verso de D.H.Lawrence
pero no pudo continuarlo, los recuerdos la bamboleaban

Seguía el escuperelatos: el día donde había muerto su mamá
los paseos del pololeo, la manda a la virgen negra cuando no tenía palabras.

Pensó en el suicidio elegante de los franceses. Siempre un otro.

Prendía una vela sabiendo que no creía, protegía que no se apagaran
como lo hacía ante el memorial de los detenidos desaparecidos.

La vida
saltaba diez años atrás entre cada prendida, pero las velas terminaban

por apagarse con el viento de la costa.

Toda corriente de aire
era un viento del diablo.

Otro verso leído, ya no recuerda donde.

ÍNDICE

JARDÍN DE EPICURO



KARINA GARCÍA ALBADÍZ